

JOHN SCALZI

LA
HUMANIDAD
DIVIDIDA

minotauro

JOHN SCALZI

La humanidad dividida

minotauro

La humanidad dividida

Núm. 5 de 6

© John Scalzi, 2013

Publicado originalmente como *The Human Division*

Los derechos morales del autor han sido respetados

Publicación de Editorial Planeta, S.A., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Simon Saito Navarro, 2017

ISBN: 978-84-450-1332-8

Depósito legal: B. 7.385-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

1

El equipo B

PRIMERA PARTE

I

La embajadora Sara Bair sabía que el protocolo recomendaba encarecidamente que declinara la invitación de la capitana de la *Polk* para presenciar el salto al sistema Danavar desde el puente de mando. La capitana estaría ocupada, ella sería un estorbo y de todos modos no había mucho que ver. Cuando la *Polk* diera el salto a docenas de años luz a través de aquella región de la galaxia, la única evidencia que cualquier ser humano tendría de lo que estaba sucediendo sería una ligera variación en las estrellas. Además, en el puente de mando esa imagen se vería a través de pantallas y no de ventanas. La capitana Basta le había hecho llegar la invitación por mero formalismo, y estaba tan segura de que la embajadora la rechazaría que había ordenado preparar para ella y su equipo una pequeña recepción para celebrar el salto en la diminuta y apenas utilizada cubierta observatorio, situada sobre la bodega.

La embajadora Bair sabía que el protocolo recomendaba que declinara la invitación, pero no le importaba. En los veinticinco años que llevaba en el cuerpo diplomático de la Unión Colonial jamás había pisado el puente de mando de una nave espacial. No sabía cuándo

volverían a invitarla, y a pesar de lo que dijera el protocolo, opinaba que si alguien enviaba una invitación debería estar preparado para que fuera aceptada. Si las negociaciones con los utche fructificaban, y a estas alturas de la película nada indicaba que no fueran a hacerlo, nadie daría importancia a esa pequeña infracción de las convenciones.

¡Qué demonios, acudiría al puente de mando!

La capitana Basta no dio muestras de sentirse contrariada por el hecho de que hubiera aceptado la invitación. El teniente Evans acompañó a la embajadora y a su ayudante Brad Roberts al puente de mando cuando faltaban cinco minutos para el salto. La capitana interrumpió lo que estaba haciendo y se apresuró a darles educadamente la bienvenida a ambos. Cumplidos los formalismos, la capitana volvió a concentrarse en sus obligaciones previas al salto. El teniente Evans sabía lo que venía a continuación y les dio unos sutiles codazos a Bair y a Roberts para empujarlos hasta un rincón desde donde podrían observar sin molestar.

—¿Conoce el proceso de un salto, embajadora? —le preguntó Evans. El teniente Evans era el oficial de protocolo de la *Polk* durante la misión y actuaba como enlace entre la delegación diplomática y la tripulación de la nave.

—Mi conocimiento se limita a que estamos en un lugar en el espacio, se pone en marcha el impulsor de salto y aparecemos por arte de magia en otro lugar —respondió Bair.

Evans sonrió.

—No es magia, señora, sino física —dijo el teniente—. Aunque una física tan avanzada que parece magia vista desde fuera. Es para la teoría de la relatividad lo que la teoría de la relatividad es para la física newtoniana. Es decir, está dos pasos por delante de lo que es la experiencia cotidiana de cualquier persona.

—Entonces, ¿no se infringen las leyes de la física? —inquirió Roberts—. Porque cada vez que pienso en una nave espacial saltando de un lugar a otro de la galaxia me imagino a Albert Einstein vestido de policía y poniendo una multa.

—No infringimos ley alguna. Lo que hacemos es aprovechar literalmente una fisura legal —afirmó Evans, y a continuación se explotó en los principios físicos que se aplicaban en los saltos.

Roberts asentía con la cabeza y no despegaba los ojos del teniente, pero lo escuchaba con una leve sonrisa en los labios que iba dirigida a Bair, y ésta lo sabía. Significaba que su ayudante era consciente de que estaba cumpliendo una de sus tareas primordiales, que consistía en distraer a las personas que pretendían conversar sobre temas banales con la embajadora para que ella pudiera concentrarse en lo que mejor se le daba: escrutar lo que había a su alrededor.

Pero lo que había a su alrededor no era especialmente impresionante. La *Polk* era una fragata (Bair pensó que Evans sabría decirle con exactitud de qué clase, pero prefirió no volver a atraer hacia sí la atención, al menos de momento) con un modesto puente de mando. Constaba de dos hileras de consolas con monitores y una plataforma ligeramente alzada del suelo para que el capitán o el oficial de guardia supervisaran las operaciones. En la parte delantera había dos grandes pantallas que mostraban información o la vista del exterior, según se deseara. En ese momento ambas estaban apagadas y la tripulación estaba concentrada en sus monitores individuales, mientras que la capitana Basta y su segundo de a bordo paseaban entre sus hombres, conversando en voz baja.

Era casi tan emocionante como mirar secarse la pintura. O para ser más exactos, tan emocionante como mirar una tripulación perfectamente entrenada haciendo algo que habían hecho centenares de veces sin el menor asomo de dramatismo ni de incidentes. A pesar de que después de tanto tiempo en el cuerpo diplomático Bair sabía que un grupo de profesionales entrenados haciendo su trabajo no solía ser un entretenimiento apasionante para el espectador, no pudo evitar cierta decepción. Sus años como espectadora de dramatizaciones la habían predisuesto para asistir a una escena con un pelín más de acción. Suspiró sin darse cuenta.

—No es lo que esperaba, ¿verdad, señora? —dijo Evans, devolviendo su atención a la embajadora.

—No esperaba nada concreto, para ser sincera —respondió Bair, enfadada consigo misma por haber suspirado de una manera tan poco discreta, aunque lo disimuló—. Me ha sorprendido un poco la tranquilidad que reina en el puente de mando.

—Esta tripulación lleva muchos años trabajando junta —señaló

Evans—. Y no olvide que se pasa mucha información internamente. —Bair miró a Evans con las cejas enarcadas. El teniente sonrió y se llevó un dedo a la sien.

«Ah, claro», pensó la embajadora. La capitana Basta y el resto de los miembros de la tripulación pertenecían a las Fuerzas de Defensa Coloniales. Esto significaba que aparte de la piel verde y el aspecto juvenil, unos rasgos característicos de los sujetos sometidos a la modificación genética que saltaban a la vista, cada uno de ellos tenía implantando en el cerebro un ordenador llamado CerebroAmigo. Los miembros de las FDC podían utilizar los CerebroAmigos para hablar o compartir datos entre ellos sin necesidad de abrir la boca. No obstante, el murmullo que se oía indicaba que aún se comunicaban hablándose, al menos durante una parte del tiempo. Los miembros de las FDC habían sido antes personas comunes sin la piel verde ni ordenadores en la cabeza. Era difícil acabar con las viejas costumbres.

Bair, que había nacido en el planeta Erie y pasado los últimos veinte años destinada fuera del planeta Fénix, sede de la Unión Colonial, no tenía la piel verde ni un ordenador en la cabeza, pero había pasado tanto tiempo rodeada por miembros de las FDC durante sus viajes diplomáticos que ya no le llamaban la atención por encima de la variedad de los seres humanos con los que trabajaba. De hecho, a veces olvidaba que habían sido modificados genéticamente.

—Un minuto para el salto —anunció el segundo de a bordo de la *Polk*.

Un nombre apareció en la mente de Bair: Everett Roman. Aparte de la alusión al tiempo, nada había cambiado en el puente de mando, y Bair sospechó que el anuncio se había realizado por deferencia hacia ella y Robert. La embajadora echó un vistazo a las enormes pantallas situadas en la parte delantera del auditorio. Aún estaban oscuras.

—Comandante Roman —dijo Evans, y señaló con la cabeza las pantallas cuando el segundo de a bordo lo miró. Éste asintió y las pantallas se encendieron. Una mostraba la imagen de un campo de estrellas; la otra, un plano esquemático de la *Polk*.

—Gracias, teniente Evans —musitó Bair.

Evans sonrió.

El comandante Roman inició la cuenta atrás de los últimos diez segundos previos al salto y Bair fijó la mirada en la pantalla que mostraba el campo de estrellas. Cuando Roman llegó a cero, las estrellas que aparecían en la pantalla parecieron moverse siguiendo trayectorias aleatorias. Sin embargo, Bair sabía que las estrellas no se habían movido ni un centímetro de donde estaban, sino que eran estrellas completamente nuevas. La *Polk*, sin que se produjera la menor perturbación y sin hacer ruido alguno, se había trasladado varios años luz en un instante.

Bair parpadeó con insatisfacción. Si se consideraba lo que acababa de suceder en términos de logro científico, se trataba de una proeza pasmosa. Sin embargo, desde el punto de vista de la experiencia personal...

—¿Ya está? —preguntó Roberts sin dirigirse a nadie en particular.

—Sí —respondió Evans.

—Pues no ha sido muy emocionante, que digamos —señaló Roberts.

—La falta de emoción es la prueba de que hemos hecho un buen trabajo —repuso Evans.

—¿Qué tiene de divertido entonces? —preguntó en tono burlesco Roberts.

—La diversión se la dejamos a otros —respondió Evans—. Nosotros nos dedicamos a la precisión. Los hemos llevado adonde tenían que estar, y a tiempo. O en este caso, con antelación. Se nos pidió que los trajéramos aquí tres días antes de la llegada prevista de los utche. Pues bien, los hemos traído con un adelanto de tres días y seis horas. Es decir, con antelación por partida doble.

—En cuanto a ese tema... —dijo Bair.

Evans se volvió hacia la embajadora y depositó en ella toda su atención.

La cubierta del puente de mando dio una violenta sacudida y los zarandeó a los tres. De repente se oyeron gritos en el puente de mando enumerando los daños que había sufrido la nave: brechas en el casco, pérdida de potencia, bajas... Algo había salido muy mal durante el salto.

Bair alzó la mirada y vio que las imágenes en las pantallas habían cambiado. Algunas secciones de la nave representada en el plano parpadeaban con luz roja, mientras que en la otra pantalla, otra imagen de la *Polk*, ésta en tres dimensiones, había sustituido el campo de estrellas. La nave ocupaba el centro de la pantalla, y en uno de los márgenes de la imagen aparecía un objeto en movimiento que se dirigía hacia la *Polk*.

—¿Qué es eso? —le preguntó Bair a Evans, que había comenzado a caminar hacia la pantalla.

Evans se quedó mirando la imagen en silencio durante unos instantes. Bair sabía que el teniente estaba accediendo a su CerebroAmigo para recabar más información.

—Una nave —dijo Evans al cabo.

—¿Son los utche? —preguntó Roberts—. ¿Podemos ponernos en contacto con ellos para pedirles ayuda?

Evans negó con la cabeza.

—No son los utche.

—¿Quiénes son? —inquirió Bair.

—No lo sabemos —respondió Evans.

Las pantallas crepitaron y de repente aparecieron en la imagen muchos más objetos que se dirigían a gran velocidad hacia la *Polk*.

—Dios mío —exclamó Bair, y se tensó cuando la tripulación informó de que eran misiles directos a la nave.

La capitana Basta estudió los misiles que surcaban el espacio y luego se volvió hacia Bair, o más exactamente hacia Evans.

—Esos dos —dijo—, a la cápsula de escape. Ahora.

—Espere... —dijo Bair.

—No hay tiempo, embajadora —la interrumpió Basta—. Son demasiados misiles. Voy a dedicar los siguientes dos minutos a sacarlos a ustedes de esta nave vivos. No los malgaste. —Se volvió de nuevo hacia su tripulación y les ordenó que prepararan la caja negra.

Evans agarró del brazo a Bair.

—Vamos, embajadora —dijo, y la sacó del puente de mando.

Roberts los siguió.

Cuarenta segundos después, Bair y Roberts entraron a empellones en un habitáculo minúsculo con dos asientos diminutos.

—¡Abróchense los cinturones! —dijo el teniente, gritando para que lo oyeran. Señaló debajo de uno de los asientos—. Ahí tienen paquetes de alimentos y de hidratación para emergencias. —Luego señaló debajo del otro—. Y ahí el reciclaje de desechos. Tienen aire para una semana. Estarán bien.

—El resto de mi equipo... —dijo Bair.

—En este momento están metiéndolos en otras cápsulas de escape —dijo Evans—. La capitana lanzará una sonda de salto para informar a las FDC de lo que ha pasado. Las FDC mantienen naves de rescate a la distancia de un salto para casos como éste. No se preocupen. Ahora abróchense los cinturones. Estos aparatos tienen un despegue algo brusco. —Evans retrocedió.

—Buena suerte, Evans —le deseó Roberts.

Evans hizo una mueca mientras la puerta de la cápsula se cerraba herméticamente. Cinco segundos después, la cápsula salió disparada de la *Polk*. Bair se sintió como si le hubieran dado una patada en la espalda y luego ligera como el aire. La cápsula era tan pequeña y básica que no estaba equipada con un sistema de gravedad.

—¿Qué diablos acaba de suceder? —se preguntó Roberts en voz alta un minuto después—. Atacaron la *Polk* en cuanto saltó.

—Alguien sabía que veníamos —dijo Bair.

—La misión era confidencial.

—Usa el cerebro, Brad. La misión era confidencial por nuestra parte. Pero podrían haber filtrado su existencia desde el lado de los utche.

—¿Cree que los utche nos han tendido una trampa? —preguntó Roberts.

—No lo sé —admitió la embajadora—. Ellos están en nuestra misma situación. Necesitan esta alianza tanto como nosotros. No tiene sentido que hayan seducido a la Unión Colonial para luego cometer una estupidez como ésta. Atacar la *Polk* no los beneficia en nada. Destruir una nave de las FDC es una acción de guerra en toda regla.

—Quizá la *Polk* pueda contraatacar —dijo Roberts.

—Tú has oído como yo lo que ha dicho la capitana Basta. Demasiados misiles. Y la nave ya estaba dañada.

—Entonces esperemos que el resto de la delegación haya conseguido llegar a las cápsulas de escape.

—No creo que los hayan llevado a las otras cápsulas —dijo Bair.

—Pero Evans ha dicho que...

—Evans ha dicho lo que tenía que decir para que cerráramos el pico y sacarnos de la *Polk*.

Robert se quedó callado unos segundos. Luego dijo:

—Si la *Polk* ha enviado una sonda de salto, ¿cuánto tardará en llegar a la distancia de salto? ¿Un día?

—Más o menos —respondió Bair.

—Un día para que llegue la noticia, un par de horas para los preparativos, otro par de horas hasta que nos encuentren... —calculó Roberts en voz alta—. En fin, dos días metidos en esta lata de sardinas. Eso es el mejor de los casos.

—Eso me temo.

—Y luego tendremos que dar parte —añadió Roberts—. No podremos decirles nada sobre quién nos atacó ni por qué.

—Cuando nos busquen, también buscarán la caja negra —dijo Bair—. En ella encontrarán todos los datos sobre la nave hasta el mismo momento en que sea destruida. Sólo la caja negra puede proporcionar la información sobre la identidad de las naves que nos han atacado.

—Eso si sobrevive a la destrucción de la *Polk* —apuntó Roberts.

—Oí a la capitana dar instrucciones a la tripulación para que preparara la caja negra —dijo Bair—. Supongo que eso significa que tenían tiempo suficiente para hacer todo lo necesario para que la caja aguante lo que sea.

—Así que usted, yo y la caja negra seremos los únicos supervivientes de la *Polk* —dijo Roberts.

—Eso creo. Sí —repuso Bair.

—Dios mío. ¿Le había ocurrido algo parecido alguna vez?

—No es la primera vez que se tuerce una misión en la que participo —respondió Bair, y miró a su alrededor, confinada en la cápsula de escape—. Pero no. Es la primera vez que me ocurre algo así.

—Esperemos que esto se solucione pronto. De lo contrario, dentro de una semana las cosas van a ponerse muy feas.

—A partir del cuarto día haremos turnos para respirar —dijo Bair.

Roberts rio tímidamente y luego se calló.

—No quiero malgastar oxígeno.

Bair también rio, y casi de inmediato vio con sorpresa que el aire que salía de sus pulmones realizaba el camino inverso impelido por la repentina descompresión en la cápsula de escape, que estaba haciéndose añicos. Bair tuvo un momento para ver la expresión de su ayudante antes de que la metralla de la explosión que estaba destruyendo la cápsula también destruyera sus cuerpos y los matara. La embajadora ya no pudo pensar en nada más que en la sensación del aire deslizándose entre sus labios y las breves e indoloras sacudidas de la metralla al atravesarla. Experimentó una última sensación de frío, y luego de calor, y después nada.

II

A sesenta y dos años luz de la *Polk*, el teniente Harry Wilson estaba de pie cerca del borde de un acantilado en el planeta Farnut. Lo acompañaban varios tripulantes más de la *Clarke*, una nave de correo de gabinete de la Unión Colonial. El día era maravilloso, soleado y caluroso, aunque no tanto como para que los humanos vestidos de etiqueta sudaran. Los diplomáticos coloniales formaban una fila paralela a la fila de los diplomáticos farnutianos, cuyos brazos resplandecían recubiertos de joyas. Cada diplomático humano sostenía un jarro con una decoración barroca lleno de agua traída expresamente de la *Clarke*. El diplomático que estaba al frente de la delegación de cada una de las especies que participaban en la negociación encabezaba su correspondiente fila: Ckar Cnutdin por parte de los farnutianos y Ode Abumwe por la de los coloniales. Cnutdin estaba en ese momento subido a un estrado, hablando en la glotal lengua farnutiana. Cerca de él, la embajadora Abumwe parecía estar escuchándolo con atención y de vez en cuando asentía con la cabeza.

—¿Qué dice? —preguntó en voz tan baja como fue capaz Hart Schmidt, que estaba al lado de Wilson en la fila.

—Los tópicos habituales sobre la amistad entre las naciones y las especies —respondió Wilson. Como único miembro de las Fuerzas de Defensa Coloniales en la delegación diplomática, sólo Wilson podía traducir el farnutiano directamente a través de su Cerebro-Amigo. Los demás debían confiar en los traductores aportados por los farnutianos. El único de estos traductores que se hallaba presente en la ceremonia se encontraba detrás de la embajadora Abumwe, a quien susurraba en el oído.

—¿Te parece que ya está acabando? —inquirió Schmidt.

—¿Por qué lo preguntas, Hart? —Wilson miró fugazmente a su amigo—. ¿Tienes prisa por llegar a la siguiente parte de la reunión?

Schmidt miró al individuo que ocupaba su mismo lugar en la fila farnutiana y guardó silencio. Resultó ser que Cnutdin, de hecho, estaba concluyendo su discurso. Hizo un gesto con los brazos que era el equivalente farnutiano a una reverencia y bajó del estrado. La embajadora Abumwe hizo una reverencia y enfiló hacia el estrado para pronunciar su discurso. Detrás de ella, el traductor se deslizó para situarse a la espalda de Cnutdin.

—Me gustaría agradecer al delegado comercial Cnutdin sus conmovedoras palabras sobre la consolidación de la amistad entre nuestras extraordinarias naciones —declaró Abumwe, y a continuación se extendió en su propia retahíla de tópicos, pronunciados con un acento que delataba su pertenencia a la primera generación de colonos. Sus padres habían emigrado desde Nigeria al planeta colonial Nueva Albión cuando Abumwe aún era un bebé, y la reminiscencia de la manera de hablar de aquel país en la aspereza del acento de Nueva Albión recordaba a Wilson el acento del Medio Oeste norteamericano en el que se había criado él.

No hacía mucho tiempo, en un intento de Wilson por entablar conversación con la embajadora, le había comentado que ambos eran los únicos miembros de la tripulación de la *Clarke* que habían nacido en la Tierra, pues los demás habían pasado toda la vida en las colonias. Abumwe lo había mirado con los ojos entornados y le preguntó qué quería decir con eso, y luego se marchó hecha una furia. Wilson se volvió entonces a su amigo Schmidt, que lo miraba

horrorizado, y le preguntó qué error había cometido. Schmidt le sugirió que viera un noticiario.

Wilson siguió su consejo y así se enteró de que la Tierra y la Unión Colonial estaban inmersos en un proceso de separación que probablemente culminaría en el divorcio. Y también se enteró de quién era el responsable de ello.

«Ah, bien», se dijo Wilson mientras observaba a Abumwe, que estaba concluyendo su alocución. Nunca le había resultado simpático a la embajadora, y Wilson estaba casi seguro de que le molestaba la presencia de un miembro de las FDC a bordo de su nave, aunque se tratara de un relativamente inofensivo asesor tecnológico como él. Pero, como a Schmidt le gustaba señalar, no era algo personal. Todo parecía indicar que Abumwe jamás había sentido simpatía por nadie. A algunas personas simplemente no les gustaba la gente.

«No es una cualidad que cabría esperar de un diplomático», pensó Wilson por enésima vez.

Abumwe bajó del estrado y le dedicó una profunda reverencia a Ckar Cnutdin, tras lo cual cogió su jarro e hizo una indicación con la cabeza a la fila de su delegación. Cnutdin también dirigió un gesto a su fila.

—Ya está —dijo Schmidt al oído de Wilson.

Ambos se adelantaron en dirección a los farnutianos, quienes también avanzaron hacia ellos. Las dos filas se detuvieron a medio metro de distancia entre ellas.

Simultáneamente, como ya habían ensayado, todos los miembros de la delegación diplomática, incluida la embajadora Abumwe, tendieron los brazos con el jarro.

—Intercambiamos agua —dijeron al unísono, y con pompa y ceremonia inclinaron los jarros para verter el agua sobre lo que pasaba por los pies de los farnutianos.

Estos pronunciaron un sonido glotal que el CerebroAmigo de Wilson tradujo como «intercambiamos agua», y a continuación vomitaron agua de mar que habían almacenado en sus hinchadas vejigas directamente en la cara de los diplomáticos humanos, que quedaron empapados del agua salada y con la temperatura corporal de los farnutianos.

—Gracias —le dijo Wilson al farnutiano que tenía enfrente, pero éste ya se había dado la vuelta y emitía unos sonidos como de hipo dirigidos a otro sujeto de su especie mientras ambos rompían filas. El CerebroAmigo de Wilson tradujo aquellos hipidos: «Gracias a Dios que ya ha acabado. ¿Cuándo comemos?».

—Estás extrañamente callado —le dijo Schmidt a Wilson mientras regresaban a la *Clarke* en el transbordador.

—Estoy reflexionando sobre mi vida y el karma —dijo Wilson—. Y sobre lo que debo de haber hecho en una vida anterior para merecer que el escupitajo de un alienígena forme parte de una ceremonia diplomática.

—Eso es porque uno de los cimientos de su civilización es el mar —dijo Schmidt—. Intercambiar agua de nuestros planetas es una manera simbólica de decir que ahora nuestros destinos están unidos.

—También es una manera magnífica de propagar el equivalente farnutiano de la viruela —repuso Wilson.

—Por eso nos pusieron las inyecciones.

—Por lo menos me habría gustado haber vertido el agua del jarro en la cabeza de alguien —dijo Wilson.

—Eso no habría sido muy diplomático.

—¿Y escupirnos en la cara lo es? —preguntó Wilson, elevando ligeramente la voz.

—Sí, porque así es como ellos sellan los acuerdos. Además, también saben que cuando los humanos escupen a alguien en la cara o le vierten agua sobre la cabeza no significa lo mismo. Así que tuvimos que idear una manera de hacerlo que fuera simbólicamente aceptable para todos. El equipo de la avanzada estuvo negociando durante tres semanas hasta que se llegó a un acuerdo.

—Podrían haber acordado que los farnutianos aprendieran a dar un apretón de manos —apuntó Wilson.

—Podría haberse hecho. Pero había que tener en cuenta el pequeño detalle de que nosotros necesitamos esta alianza mucho más que ellos, así que hay que aceptar sus reglas. Por eso las negociacio-

nes se han llevado a cabo en Farnut. Por eso la embajadora Abumwe ha aceptado un acuerdo que es perjudicial a corto plazo. Por eso nos escupieron en la cara y se lo agradecemos.

Wilson dirigió la mirada hacia la parte delantera del transbordador, donde la embajadora estaba sentada junto a sus principales asesores. Schmidt no había hecho méritos para ser uno de ellos, y Wilson muchos menos. Ambos estaban sentados en la parte trasera, en los asientos más modestos.

—¿Dices que ha firmado un acuerdo perjudicial? —preguntó Wilson.

—Le dieron instrucciones para que el acuerdo fuera perjudicial para nuestros intereses —respondió Schmidt, que también se volvió hacia la embajadora—. ¿Sabes el escudo defensivo que les has enseñado a utilizar? Lo hemos intercambiado por productos agrícolas. Por fruta. No necesitamos su fruta. ¡Pero si ni siquiera podemos comerla! Probablemente acabemos sumergiendo en etanol todo lo que nos han dado o haciendo cualquier otra cosa igualmente absurda.

—No entiendo entonces el motivo del acuerdo.

—Nos dijeron que pensásemos en él como en un reclamo —explicó Schmidt—. Algo que despierte el interés de los farnutianos en nosotros para más adelante alcanzar acuerdos más beneficiosos.

—Genial —dijo Wilson—. Estoy deseando que vuelvan a escupirme.

—No te preocupes —dijo Schmidt, y se apoltronó en su asiento—. Nosotros no volveremos.

—Ah, claro —exclamó Wilson—. Nos envían a nosotros en estas misiones diplomáticas de mierda para hacer el trabajo sucio y luego viene otro para llevarse la gloria.

—Noto cierto escepticismo en tus palabras. Venga, Harry, ya llevas mucho tiempo con nosotros. Has visto lo que hacemos. Nos encargan las misiones menos importantes o aquellas en las que si salen mal pueden culparnos a nosotros del fracaso en lugar de cuestionar las instrucciones que nos han dado.

—¿Y en qué categoría estaría ésta? —inquirió Wilson.

—Tenía un poco de ambas —respondió Schmidt—. Y la siguiente es igual.

—Eso me devuelve a mi pregunta sobre el karma.

—Seguramente asaste gatitos vivos —dijo Schmidt—. Y es probable que los demás estuviéramos contigo, con más gatitos en el espetón.

—Cuando me alisté en las FDC probablemente habríamos acribillado a los farnutianos y nos habrían dado lo que quisiéramos.

—Ah, los viejos tiempos —dijo sarcásticamente Schmidt, y se encogió de hombros—. Eso era antes. Ahora es diferente. Hemos perdido la Tierra, Harry. Tenemos que aprender a convivir con eso.

—La curva de aprendizaje va a ser la hostia —comentó Wilson tras unos segundos en silencio.

—Tienes razón. Agradece que no seas tú el profesor.

III

Necesito verte, fue el mensaje que el coronel Abel Rigney envió a la coronel Liz Egan, enlace de las FDC con el secretario de Estado, cuando ya se dirigía hacia su despacho en la Estación Fénix.

Ahora mismo estoy un poco liada, le respondió Egan.

Es importante, replicó Rigney.

Lo que estoy haciendo también es importante, fue la respuesta de Egan.

Esto es mucho más importante.

Bueno, es ese caso..., respondió Egan.

Rigney sonrió.

Estaré en tu despacho dentro de dos minutos.

No estoy en el despacho —contestó Egan—. *Ve al complejo de conferencias del Departamento de Estado. Estoy en el auditorio número siete.*

¿Qué haces ahí?, preguntó Rigney.

Asustando a los niños, respondió Egan.

Tres minutos después, Rigney se deslizó hasta las últimas filas de asientos del auditorio número siete, que estaba a oscuras y atestado de miembros de rango medio del cuerpo diplomático de la Unión Colonial. Rigney se sentó en una de las filas más altas de la sala y paseó la mirada por los rostros de las personas congregadas. Todos

estaban muy serios. La coronel Egan estaba de pie en el escenario, y detrás de ella había una pantalla todavía apagada.

Ya estoy aquí, la avisó Rigney.

Entonces ya te habrás dado cuenta de que estoy trabajando —respondió Egan—. *Ahora estate calladito y dame un minuto.*

Egan estaba escuchando a uno de los diplomáticos de rango medio que hablaba con la monotonía y el tono ligeramente condescendiente, con que suelen hacerlo los diplomáticos de rango medio, cuando se dirigen a alguien que consideran de una categoría inferior. Rigney, que sabía que Egan había sido directora ejecutiva de un importante imperio de medios de comunicación, se puso cómodo para disfrutar del espectáculo.

—No discrepo de que nuestra nueva realidad supone un reto —dijo el diplomático—. Pero tampoco estoy completamente convencido de que no haya una solución para la situación, tal como sugiere con sus afirmaciones.

—¿Eso cree, señor DiNovo? —le preguntó Egan.

—Eso creo, sí —respondió el diplomático—. La especie humana siempre ha sido inferior en número, pero hemos sabido conservar nuestro sitio en el universo. A pesar de que han cambiado algunos detalles, pequeños pero importantes, lo fundamental no ha cambiado.

—¿En serio? —La pantalla situada a la espalda de Egan se encendió y mostró en tres dimensiones un campo de estrellas que rotaba lentamente. Rigney reconoció en él el vecindario interestelar. Una serie de estrellas destellaban con luz azul—. Recapitulemos. Estamos aquí. Éstos son todos los sistemas estelares en los que hay planetas humanos. La Unión Colonial. Y aquí está el resto de los sistemas estelares poblados por otras especies inteligentes que viajan por el espacio.

El campo de estrellas se volvió rojo cuando un par de miles de estrellas cambiaron de color para quedar marcadas como aliadas.

—La situación no difiere demasiado de otras con las que nos hemos enfrentado —dijo el diplomático llamado DiNovo.

—Se equivoca, señor DiNovo —replicó Egan—. Este mapa de las estrellas es engañoso y usted no parece darse cuenta de ello. To-

das esas estrellas rojas representaban centenares de especies distintas que, como la humana, tuvieron que luchar o negociar con las especies que iban encontrando en sus viajes. Unas eran más fuertes que otras, pero ninguna poseía una fuerza o una ventaja táctica aplastantemente superior a las del resto. Había demasiadas civilizaciones en condiciones similares para que ninguna de ellas dominara durante mucho tiempo a las demás.

»Eso nos beneficiaba porque nosotros contábamos con una ventaja sobre el resto de las especies —continuó Egan. A su espalda, un sistema estelar azul, relativamente aislado del arco principal de los sistemas humanos, brillaba con más intensidad que los demás—. Teníamos la Tierra, que suministraba a la Unión Colonial dos cosas fundamentales: colonos, con los que podíamos poblar rápidamente los planetas que reclamábamos, y soldados, a los que utilizábamos para defender dichos planetas y asegurar otros mundos. La Tierra los suministraba en un número infinitamente mayor que en el que habría sido políticamente factible que lo hicieran esos mismos planetas. Esto proporcionaba a la Unión Colonial una ventaja tanto estratégica como táctica y aumentaba las posibilidades de la humanidad para dar la vuelta al orden político establecido en nuestra región del espacio.

—Una ventaja que aún podemos explotar —señaló DiNovo.

—Se equivoca otra vez, señor DiNovo. Porque ahora han cambiado dos aspectos fundamentales. En primer lugar está el Cónclave. —Dos terceras partes de las estrellas rojas se tornaron amarillas—. El Cónclave está formado por cuatrocientas especies alienígenas que en el pasado lucharon entre ellas, pero ahora actúan como una entidad política unificada, capaz de imponer sus políticas por la mera fuerza de su número. El Cónclave no permitirá que especies no afiliadas a él realicen nuevas colonizaciones, pero eso no impide a esas especies atacarse unas a otras para conseguir recursos, por razones de seguridad o para saldar cuentas pendientes. De manera que la Unión Colonial todavía tiene que lidiar con doscientas especies que se marcan como objetivo sus mundos y sus naves.

»En segundo lugar está la Tierra. Gracias a las acciones de los antiguos líderes de la colonia Roanoke, John Perry y Jane Sagan, la

Tierra ha suspendido sus relaciones con la Unión Colonial, al menos de manera temporal. Los habitantes de la Tierra están convencidos de que hemos frenado su desarrollo político y tecnológico durante décadas con el fin de que nos proveyeran de colonos y de soldados. La realidad es más compleja, pero como ocurre con la mayoría de los humanos, los terrícolas prefieren quedarse con la explicación sencilla, y ésta es que la Unión Colonial ha estado aprovechándose de ellos. Hemos perdido su confianza. No quieren tener nada que ver con nosotros. Pueden pasar años hasta que cambien de opinión.

—La postura que yo defiendo es que incluso sin la Tierra conservamos nuestra ventaja —replicó DiNovo—. La Unión Colonial tiene una población de varios miles de millones de personas repartidas por docenas de planetas ricos en recursos.

—Y sostiene que los planetas colonizados pueden suministrar a la Unión Colonial los colonos y los soldados que hasta ahora ha recibido de la Tierra —dijo Egan.

—No estoy diciendo que no vayan a producirse protestas —contestó DiNovo—. Pero sí, eso pienso.

—Coronel Rigney. —Egan pronunció en voz alta el nombre de su compatriota sin despegar los ojos de DiNovo.

—¿Sí? —respondió éste, sorprendido por oír su nombre. El auditorio abarrotado se volvió para mirarlo.

—Usted y yo coincidimos en la clase de reclutamiento —dijo Egan.

—Así, es —convino Rigney—. Nos conocimos en la *Américo Vespucio*, la nave que nos transportó desde la Tierra a la Estación Fénix. Hace ya catorce años.

—¿Recuerda cuántos reclutas había en la *Vespucio*? —preguntó Egan.

—Recuerdo que el representante de las FDC nos dijo que a bordo había mil quince reclutas.

—¿Cuántos seguimos vivos? —preguntó Egan.

—Ochenta y nueve —respondió Rigney—. Lo sé porque la semana pasada me notificaron la muerte de uno. El comandante Darren Reith.